

## ***Poder, saber, transferencia***\*

Octave Mannoni

Del trabajo “Astolfo y Sancho” hemos seleccionado aquellos fragmentos que articulan el poder, el saber y la transferencia. A sabiendas de que provocamos la mutilación de un valioso trabajo, no queremos prescindir de estos conceptos expresados por O. Mannoni con la maestría que lo caracteriza.

*D. G.*

Pero sin duda, lo que es más interesante es el tema del poder. Nos dicen que el poder de los analistas —o el del psicoanálisis— es abusivo y tirano. Pero, parece difícil exponer en qué consiste exactamente ese poder. La primera cosa, entonces, será tratar de desentrañar su naturaleza.

[. . .] El problema del saber es más interesante de tratar. El saber da realmente poder.

[. . .] No se trata aquí de exponer teóricamente cuál es la naturaleza de lo que sería el saber analítico, lo cual no es fácil, ni exigible. Se trata simplemente de decidir si ese saber puede permitir al analista algo así como un abuso de poder.

Hace mucho tiempo (al menos desde el siglo V antes de Cristo, cuando se comenzó a poner en duda el principio de autoridad, y a preguntarse si la verdad podía pertenecer o no a alguien), que existen dos grandes orientaciones en este campo. En el sector más próximo al tema de esta

---

\* Publicado en el n° 9 de la “Nouvelle Revue Française de Psychanalyse”.

discusión, parece, por ejemplo, que la verdad sobre los problemas mentales pertenece por derecho al psiquiatra; mientras que la posición del analista es totalmente diferente sin que podamos hacerle decir, empero, que el “enfermo mental” esté en posesión de su verdad. Siempre hablando de lo mismo, colocándome fuera del análisis, y para mostrar al mismo tiempo qué este problema no es nuevo, voy a poner un viejo ejemplo donde el mismo aparecerá muy claramente —y bajo una forma “simplificada”— lo cual es conveniente en este tipo de discusión.

En el poema que es la gloria de Ariosto, “Oblando furioso”, Orlando, como el título lo indica, ha perdido la razón. Un personaje, Astolfo, que dispone de un medio de transporte maravilloso (un hipogrifo), va hasta la luna y trae, en un frasco debidamente etiquetado, la razón que Orlando había perdido. De ese modo puede devolvérsela. Es un verdadero sueño psiquiátrico y, tal como conocemos a Ariosto, es muy probable que haya inventado esta historia no sin cierta malicia.

Cien años más tarde, exactamente (1516-1616), otro caballero un tanto alterado, no por penas de amor, como Orlando, sino por haber leído demasiado libros del tipo del de Orlando, tiene para ayudarlo a encontrar la razón un modesto paisano escudero que no dispone de ningún hipogrifo sino que debe contentarse con un modesto asno. No podemos decir tampoco que a su disposición tenga saber o poder, por el contrario está bien provisto de gula, grosería y cobardía. .

Todo lo que pueda hacer por su amo —por otra parte, sin ganancia alguna— es repetirle a menudo cosas como: “Mire vuestra merced bien lo que dice, señor”. Esto de nada sirve ya que Sancho apela solamente al buen sentido, y éste no es suficiente. Sin embargo, jamás dice: “Examine bien lo que yo digo.”

Por el contrario, el caballero, su amo, es quien no deja de decir: “¡Escucha bien lo que digo, Sancho!” Quien de este modo se toma como el dueño del saber, es Don Quijote, el loco, no es Sancho. Aun cometiendo el error de invocar el buen sentido, Sancho se cuida bien de acapararlo. No cree tener otro y apela al de su amo. Su modesta intervención representa como el grado cero de la intervención analítica. Será necesario ir más lejos, pero siempre partiendo de ahí: escuche usted lo que ha dicho. (Nos recuerda que las cosas se dan en otra parte, en otra escena —pero no en la luna— y no podemos llegar hasta

ese lugar si no es por el camino que abre la palabra de Sancho.) A diferencia de Astolfo —el prestigioso salvador— Sancho no cuenta. Él no pide ser oído, pero también, ¿qué razón tendría Don Quijote para hacerlo? No se puede tratar de comunicación, ni de información, ni de trasmisión de un saber cualquiera, y menos aun, de un comercio del saber. La “persona” de Sancho está fuera del campo. No dirán que estoy montando el hipogrifo de la teoría si digo que sobre su asno este analfabeto dibuja ya —sin obtener por ello gloria alguna— el lugar del gran Otro, aquel que no siendo nadie, no es el sujeto, pero representa el lugar de la palabra. Porque es delante del gran Otro, y no delante de un escudero, que Don Quijote debería de proceder al examen de lo que había dicho. Si se trata de la verdad, Sancho ya no es nadie, porque la verdad no es de nadie, y cada uno tiene la suya; como lo dice Pirandello —y Cervantes—, cada uno tiene su locura: de este modo la situación analítica no sería del todo “dual” como podría parecerle, naturalmente, a un sociólogo, y no podemos de ninguna manera ver funcionar en ella un circuito del saber entre dos personas.

[...] Como al analista no se le ha concedido ningún poder auténticamente oficial se cree ver ahí la prueba de que los psicoanalistas deben poseer algún poder misterioso y oculto que los vuelve sospechosos.

[. . .] En cuanto al otro problema, el de la relación del saber con el poder se plantea en el campo del análisis en forma particular: por un lado tiene un papel en lo imaginario; por otro lado, el analista es capaz de percibir en qué consisten exactamente esos efectos del poder ligados al saber, pero no puede ser un saber, sea cual fuere su naturaleza, sobre el cual, en su trabajo, el analista pueda asentarse; tampoco lo reserva por avaricia, sino, por razones técnicas más radicales. Esto nos conduce, lógicamente, a decir algo sobre la transferencia.

[...] El poder del analista, como lo recuerda Lacan, es el mismo poder del hipnotizador, pero con una estricta condición: que se abstenga radicalmente de hacer uso de él. Lacan escribió también: “Tal es el terror que se apodera del hombre cuando descubre la imagen de su poder, que al verla desnuda en su propia acción se separa de la misma.” Para que esta frase sea más comprensible será suficiente recordar cómo Breuer se separa con verdadero terror de los efectos de su “acción” y de su “poder”. Su paciente Anna Ó. pasaba por una crisis espectacular con todos los síntomas de un embarazo fantasioso o de un parto, y, por otra parte, gritaba su fantasía: que el hijo era de

Breuer. (Breuer no había usado jamás la sugestión.) De este modo ella ponía en la cura precisamente lo que Breuer no había querido ver ni oír jamás —a saber, los accidentes de una transferencia que había crecido y se había embellecido por sí sola—. Breuer tomó su sombrero y partió para siempre; estaba tan alterado que también dejó Viena.

Con una idea totalmente distinta de su poder, un psiquiatra se hubiese negado a comprender, le hubiera aplicado una inyección calmante, y todo hubiese “vuelto al orden” (por otra parte, en esa época no se daban inyecciones: se les daba bromuro de clora! y el eminente Paul-Emile Flesehsig, en Leipzig, preconizaba para tales casos la ablación de los ovarios). Breuer hacía de aprendiz de brujo y el poder del cual huía, lamentablemente, era el poder de curar a Anna, precisamente en el momento en que pensamos que esto era posible. Ese poder no es fácil de definir. No es un poder imaginario, es más bien un poder sobre lo imaginario. El objetivo del psicoanálisis no es cultivar ese poder, la historia de Anna O. es suficiente para mostrar que se cultiva solo; al contrario, su objetivo es reducirlo por medio de otro “poder”, si es que aún podemos emplear esta palabra, el poder de lo simbólico. No es para sorprenderse el hecho de que Breuer, siendo el primero, no estuviese preparado.

Ese poder misterioso, que Mesmer había ejercido por la curiosidad de la “filosofía natural”, sobre el cual Charcot había hecho series de experiencias “para ver”, y que Breuer había creído ejercer con toda la prudencia necesaria —la cual, justamente, no había hecho más que reforzarlo y volverlo más “verdadero”—. Fue Freud quien, usando aun más prudencia que Breuer, descubrió la naturaleza de dicho poder —aunque lo cierto es que había comenzado de otra manera, utilizando la sugestión— pero sin asustarse, como Breuer, de los resultados. Renunció a la sugestión cuando descubrió que no daba más que un falso poder. El paciente “sugestionado” se mostraba de una docilidad absoluta, tan grande, dice Freud, “como la de los mejores médiums del hospital” (no sabemos a qué se refiere), pero esta docilidad no se manifestaba más que cuando se trataba de cosas insignificantes. Cuando se trataba de cosas importantes el enfermo “resistía” o se “despertaba”... Freud admitió que esta resistencia era legítima y abandonó hipnosis y sugestión. Obtuvo en cambio otra forma de “poder”, que no podemos decir si era más

grande o más pequeña. Era más grande en cuanto a sus efectos terapéuticos, pero infinitamente menos espectacular: era la transferencia.

Esta noción de transferencia no se constituyó fácilmente porque durante mucho tiempo Freud se negó a reconocer que la transferencia era lo que quedaba de la “relación” hipnótica. La mejor definición “exotérica” de la transferencia es la que dice que es el inconsciente transferido al analista. Para que esto se produzca no es necesario hacer nada; en la vida corriente nada llega tan sistemáticamente, ni se mantiene tan bien, como la transferencia en un análisis.

En un artículo de 1923, Freud, usando todo el énfasis que permite la imprenta, a saber la bastardilla, advierte que no se debe analizar la transferencia (salvo que ésta se convierta en un obstáculo). Pero no se puede analizar más que en la transferencia. Cada vez que un analista olvida estas reglas de base debe atenerse a las serias complicaciones, a veces insalvables, que pueden surgir. El “poder” que la transferencia da al analista es únicamente el poder de analizar.